

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Dos perplejidades

Autor/es:
La madriguera

Citar como:
La madriguera (1997). Dos perplejidades. La madriguera. (1):3-3.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41600>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Dos perplejidades

La primera: con motivo del reciente Festival de Cine de San Sebastián, un renombrado crítico nos y se felicita públicamente desde las páginas de El País. ¿El motivo de la enhorabuena? Ni más ni menos que la espléndida salud de que goza el cine de autor español. Ejemplos al canto, nuestro iluminado mentor de salas oscuras cita media docena de títulos más o menos galardonados, todos ellos política y social y éticamente –y, de más está decirlo, comercialmente– correctos. En este previsible palmarés no figura, por poner un ejemplo, *Innisfree*, de José Luis Guerín. Huelga mencionar, claro está, que también brilla por su ausencia la última película de este cineasta barcelonés, *Tren de sombras*, que, a pesar de haber sido presentada en la Quinzaine des réalisateurs del 50 Festival de Cannes, aún no ha encontrado, mientras escribo estas líneas, distribuidor en nuestro peninsular paraíso de cinéfilos. El 11 de octubre pasado, por fin algunos privilegiados asistentes al Festival de Sitges descubrieron lo que es ya un secreto a voces para quienes no creemos que el cine que se hace en este país esté condenado a las comedietas o al repetitivo recuento de su trágica historia: que *Tren de sombras* es una de las obras más significativas del arte cinematográfico. Así, a secas, sin etiquetas geográfico-étnico-culturales.

En un extenso diálogo con Serge Daney –del que una reciente entrega de Cahiers du Cinéma reproducía una muestra–, Jean-Luc Godard establecía un contraste entre el cine definido como actividad cultural y el cine concebido como arte. Vale la pena remitirse a sus palabras: "El cine, que era un arte popular, ha engendrado la televisión (...) Pero la televisión no es otra cosa que cultura, es decir, comercio, transmisión, pero no arte. (...) el cine es el último capítulo de la historia del arte de un determinado tipo de civilización indoeuropea." Quizá ese "tipo de civilización indoeuropea" esté dando muestras de agotamiento. En todo caso, lo que ponen de manifiesto no sólo las necias manifestaciones de autosatisfacción de algunos críticos, sino, y a diario, la cartelera de este

país es que ya se ha agotado una determinada manera de concebir el cine. Y no porque los directores hayan tirado la toalla (al menos no todos), sino porque los encargados de hacernos visible ese arte –productores, distribuidores, propietarios de salas y críticos– decidieron hacer tiempo que toda película es cine y que todo el cine es, masivamente, comunicación y, sí, cultura. (Quizá ha llegado la hora de hacerle caso a Breton y haya que sacar la dichosa pistola.) No de otro modo puede entenderse la política de ostracismo que sufren cineastas que, como Guerín, entienden el cine como un arte, y no como un trapicheo de imágenes. También se despeja el misterio de la ausencia permanente de nuestras pantallas del cine que se niega a ser objeto de consumo cultural: el del taiwanés Hou Hsiao-hsien, los iraníes Mohsen Makhmalbaf y Abbas Kiarostami, los franceses Chris. Marker y Godard, el egipcio Youssef Chahine, el lituano Sharunas Bartas, el bengalí Ritwik Ghatak.

Nuestros proveedores y ensalzadores de imágenes dispensables racionalizan su dimisión arguyendo que no hay en España un público cinéfilo lo suficientemente cuantioso como para rentabilizar la programación de este tipo de cine. No sé cómo andarán las cosas por Madrid, Valencia o Donosti, pero en Barcelona basta con que la Filmoteca anuncie un ciclo Satyajit Ray para que la única sala –cutre, por cierto– de esta institución no dé abasto. Y a propósito: esta revista dentro de una revista que empieza con el presente número su andadura no quiere dejar de saludar el nombramiento de Natàlia Molero, flamante nueva directora de la Filmoteca de la Generalitat de Catalunya, como conviene: poniendo un crespón negro. He aquí la segunda perplejidad anunciada. Mucho enorgullecerse por ser, ¡uf, al fin!, europeos, pero eso sí: la política cultural, en general, y, en lo que nos ocupa, la que atañe al cine, en manos del primer o primera apparatchik del partido gobernante. A condición, eso sí, que de cine sepa lo que Madonna de física cuántica.

Ana Nuño